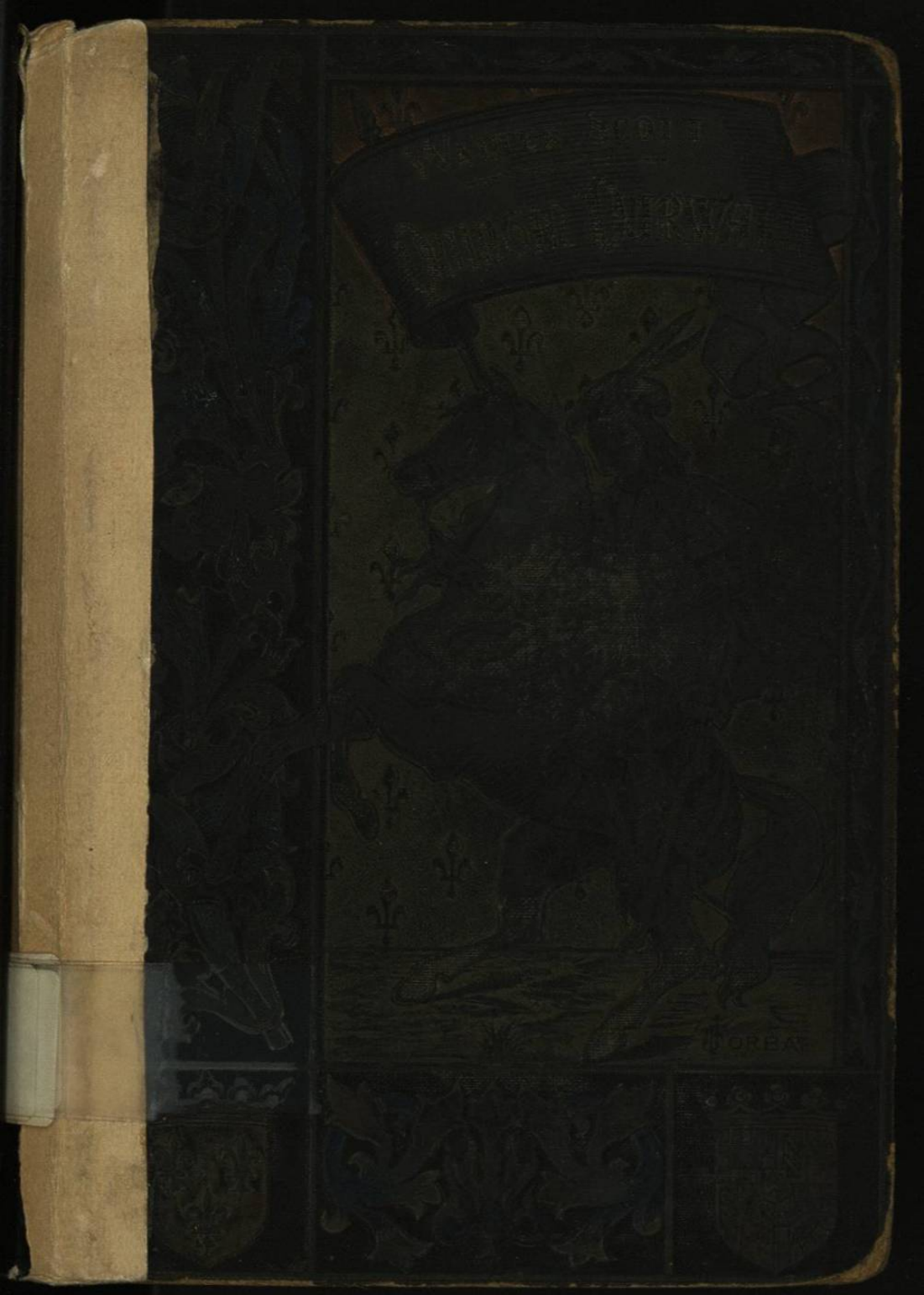

Walter Scott

QUINTIN DURWARD

PR5321
S6

S431g

1020023400

N
Núm. Aut. S431 gr
Núm. Adg. 29307
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

82-319=6

# QUINTÍN DURWARD

NOVELA HISTÓRICA

DE

## SIR WALTER SCOTT

VERSIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

ILUSTRACIÓN ALEMANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
FRANCISCO PÉREZ.—*Ausias March*, 95
1883

29307

PR5321
S6

ACERVO DE LITERATURA
116990

Establecimiento tipográfico-editorial de Francisco Pérez.

Antonio de la P. Guerra.

## INTRODUCCIÓN AL QUINTÍN DURWARD

La acción de esta novela pasa en el siglo XV, en cuya época así el feudalismo, nervio un día y sostén de la nación, como los sentimientos caballerescos que cual espíritu vivificador le animaran, comenzaban ya á caer en desuso y olvido por parte de esos menguados que cifran toda su felicidad en la obtención de ciertos objetos de uso personal, blanco único de sus deseos. Verdad es que en épocas anteriores habíase manifestado igual egoismo, mas lo es también que ahora, por vez primera, publicábase sin rebozo como móvil y principio de acción. La caballería tenía un mérito y es que sus máximas, por exageradas y fantásticas que hoy nos parezcan, fundábanse todas en la generosidad y la abnegación, sin las cuales difícil fuera concebir la virtud acá en la tierra.

Entre los primeros que ridiculizaron y abandonaron los principios de abnegación, en que tan cúidadosamente se instruía y educaba entonces á todo joven caballero, descollaba Luís XI de Francia, monarca tan profundamente egoísta é incapaz de abrigar propósito que no favoreciera su ambición, codicia y afán de goces personales, que tentado está uno á tómarle por una encarnación del mismo demonio, á quien se hubiera dado facultad ilimitada de corromper en su origen todas nuestras ideas sobre el honor. Y cuenta que Luís poseía en grado superlativo esa causticidad que sabe ridiculizar cuanto se hace en provecho ageno, hallándose, por consiguiente, en las mejores condiciones para desempeñar el papel de burlón implacable.

Bajo este punto de vista, tengo por más feliz la concepción del carácter y razonamientos de Mefistófeles, el ángel malo del original *Fausto* de Goethe, que no las de Byron y hasta que la del Satán de Milton. Estos dos eminentes escritores han dado al

Espíritu del Mal algo que realza y dignifica su maldad: una resistencia constante é indomable contra el mismo Omnipotente; un altivo desprecio de los sufrimientos, opuesto á toda sumisión; todos esos atractivos, en fin, que han inducido á Burns y otros á considerar el Ángel de las tinieblas como á verdadero héroe del *Paraiso Perdido*. El gran poeta alemán, por lo contrario, ha hecho de su demonio tentador un sér, que, inaccesible por su parte á toda pasión, diríase que no alienta sino para aumentar con sus malas artes y tentaciones la masa del mal moral y reavivar con sus seducciones esas pasiones amortiguadas, que, á no ser por él, jamás hubieran turbado la sosegada existencia del hombre, blanco de sus asechanzas. Con tal mira, hállase dotado Mefistófeles, al par que Luís XI, de una causticidad incisiva y desdeñosa, empleada incesantemente en vilipendiar y hacer desmerecer todos aquellos actos que derechamente y sin asomo de duda no redunden en provecho propio.

Bien se permitirá, hasta á un autor de obras de mero pasatiempo, que por un momento se revista de gravedad y pueda así acriminar toda política, pública ó privada, cuya base descanse en los principios de Maquiavelo ó en las prácticas de Luís XI.

Las crueldades, perjurios y suspicacia de este príncipe, las hacía más odiosas, lejos de atenuarlas, la vil y humillante superstición que en cuerpo y alma le dominaba. Su devoción para con los santos, que ostentaba tan aparatosamente, pudiera equipararse al mezquino afán de aquel empleado, que para ocultar ó atenuar las malversaciones de que le acusa su conciencia, procura sobornar á fuerza de dádivas á cuantos tienen el deber de vigilarle, intentando de tal suerte perpetuar un sistema de fraude por la corrupción de lo incorruptible. No de otro modo pudiéramos explicarnos la peregrina idea de nombrar á la Santísima Vírgen condesa y coronela de sus guardias ó el artificio de atribuir á una ó dos fórmulas de juramento, con exclusión de toda otra, fuerza real de obligar, guardando rigurosamente el secreto de la que tenía por verdaderamente obligatoria, cual si fuera uno de los más trascendentales secretos de estado.

Á una total carencia de escrúpulos, y hasta, por lo que se ve, del más leve sentimiento de obligación moral, reunía Luís XI una gran firmeza de carácter y una sagacidad innata, con tal refinamiento en su sistema político, habida razón de los tiempos, que algunas veces, por dar oído á sus sugestiones, vióse lanzado más allá de lo que se había propuesto.

Probablemente no hay retrato, por sombrío que sea, que no ofrezca en su colorido algún toque menos oscuro. Luís XI comprendió los intereses de Francia y en cuanto pudo identificarlos



con los suyos propios, veló por ellos con la mayor fidelidad. Él supo sacar ilesa la nave del estado de entre los escollos de aquella crisis terrible, que se conoce con el nombre de «Guerra del bien público», y es de presumir que cualquiera otro rey, menos cauto y contemporizador ó más impetuoso y sincero que Luís XI, hubiera fracasado en la empresa de desunir y dispersar la formidable liga que contra su soberano formaran los grandes vasallos de la corona de Francia. Adornaban asimismo á Luís algunas dotes personales, no incompatibles con su carácter público. En sociedad era animado y decidor; acariciaba á su víctima como el gato que juguetea con ella mientras se dispone á asestarle el golpe de gracia, y nadie como él fué capaz de encarecer y ponderar la superioridad de los principios de mezquino y grosero egoísmo con que se propuso reemplazar aquellos estímulos más nobles que sus mayores habían debido al elevado espíritu de la caballería.

Este sistema, en efecto, iba por entonces haciéndose viejo, y hasta en los tiempos de su apogeo revelaba en sus principios tanta exageración, tanto idealismo, que forzosamente debía verse expuesto al ridículo siempre que, cual moda añeja, perdiera su prestigio y pudieran esgrimirse contra él las armas de la sátira sin excitar el disgusto y horror ni levantar el grito unánime de reprobación con que á guisa de blasfemia se las hubiera acogido en épocas más remotas. En el siglo XIV apareció un hato de mofadores que pretendían suplir por otros medios lo que había en la caballería de verdaderamente útil, escarneciendo sus extravagantes y nimios principios de honor y virtud y motejándolos abiertamente de absurdos, por estar realmente fundidos en un molde de extremada perfección, inasequible en la práctica á seres imperfectos. Si un mancebo ingenuo y de ánimo levantado se proponía adoptar los pundonorosos principios heredados de su padre, se le denigraba groseramente como si bajara al combate empuñando la larga tizona del buen viejo, ridícula por su forma, aunque fuera de Toledo el temple de su hoja y de oro purísimo su ornamentación.

Así fué cómo se dejaron de lado los principios caballerescos y se suplió la ayuda que podían prestar con estímulos menos dignos. Al entusiasmo que impulsaba á todos á la defensa de su patria, sustituyó Luís XI los servicios del soldado mercenario, siempre pronto á guerrear, persuadiendo á sus súbditos, entre los cuales empezaba á figurar la clase mercantil, que era preferible dejar á esos mercenarios los riesgos y fatigas de la guerra proporcionando á la corona los medios con que pagarlos, que no exponer ellos la vida en defensa propia. No costó mucho trabajo

convencer con tales razonamientos á los mercaderes. No obstante, no fué todavía en tiempo de Luís XI cuando se consiguió excluir de las filas del ejército á los propietarios ricos y á los nobles; mas ese artero monarca fué quien abrió el camino, y, prosiguiéndolo más tarde sus sucesores, lograron al fin poner en manos de la Corona todas las fuerzas militares del Estado.

Adelantóse igualmente á su siglo en alterar los principios que habían regulado hasta entonces las relaciones entre ambos sexos. La Belleza, según el sistema establecido por las reglas de la caballería, era, en teoría al menos, la divinidad suprema y dispensadora de mercedes; el Valor era su esclavo, una mirada suya le infundía aliento, y por hacerle el más ligero servicio daba gustoso la vida. Y aunque no pueda negarse que en este, como en otros puntos, se extremaba el sistema hasta la más descabellada exageración, de lo cual nacían no pocos escándalos, así y todo, solían ser éstos tales, que Burke pudiera clasificarlos entre aquellos «en que la liviandad, purificada de todo materialismo, se despoja á medias de su culpa.» En cuanto á Luís, era muy de otra manera. Su voluptuosidad era vulgar; ansiaba el placer sin el más mínimo asomo de sentimiento y menospreciaba el sexo cuyos favores solicitaba: todas sus queridas pertenecían á la más ínfima clase y son tan indignas de compararse con la noble, aunque culpada, Inés Sorel, como lo era Luís de parangonarse con su heróico padre, que libertó á la Francia del yugo abominable de los ingleses. Entresacando sus favoritos y ministros de entre la hez del pueblo, mostraba también Luís el poco respeto que le merecían las preeminencias debidas á la posición ó al nacimiento, y aunque esta conducta pudiera ser no sólo perdonable sino meritoria, siempre que la voluntad del monarca hubiera sacado á luz el talento escondido ó el mérito modesto, cambia ya de aspecto cuando vemos que el Rey elevaba á la categoría de favoritos á hombres como Tristán el Ermitaño, jefe de su mariscalato ó policía; siendo evidente que un príncipe semejante no podía ser nunca «el primer caballero del reino», como Francisco I entre sus sucesores se apellidaba galantemente á sí mismo.

Y si tan graves defectos empañaban el carácter de Luis XI, sus dichos y acciones, así privadamente como en público, no eran los más á propósito para hacérselos perdonar. Su palabra, prenda que todo hombre honrado estima sagrada y cuya menor violación constituye un crimen, según el código del honor, era por él tenida en tan poco que la rompía sin el menor escrúpulo y con el pretexto más frívolo, agravando á menudo esta falta con la perpetración de los delitos más horrendos. Si quebranta-



ba así la fe jurada personalmente, no trataba con mucho mayor miramiento la del público. El envío de una persona de ínfima condición, disfrazada de heraldo, á Eduardo IV, en aquellos tiempos en que los heraldos eran considerados como los sagrados depositarios de la fe de pueblos y naciones, fué una audaz impostura, de que poquísimos hombres, á excepción de ese príncipe poco escrupuloso, se hubieran atrevido á hacerse culpables (1).

En una palabra, las costumbres, sentimientos y acciones de Luís XI, eran del todo incompatibles con las doctrinas de la caballería, y su carácter mordaz inclinábase naturalmente á ridiculizar un sistema basado á su modo de ver en el mayor de los absurdos, ya que su principio fundamental consistía en consagrar las fuerzas, el tiempo y el talento á la realización de objetivos que en el orden natural de los sucesos, ninguna ventaja personal podían reportar.

Es más que probable que al desechar de esta manera casi abiertamente todo vínculo impuesto por la religión, el honor y la moral, cuya influencia reconocen generalmente los hombres, proponíase Luís alcanzar grandes ventajas en sus tratos con personas que se tendrían por obligadas, al tiempo que él conservaba su libertad. Bajaba á la arena, por decirlo así, como el andarín que ha roto las ataduras que contienen todavía á sus rivales y que por lo tanto espera triunfar. Mas diríase que la Providencia, siempre que existe algún riesgo especial, hace aparecer junto á él alguna circunstancia que ponga sobre aviso á los que peligran. Así, la desconfianza constante que inspira todo personaje notado de desleal, es para él lo que el cascabel á la serpiente ponzoñosa: acaba todo el mundo por preocuparse más de sus intenciones que de sus palabras, y los recelos que excita su solapado carácter contrarían sus intrigas más de lo que puede favorecerlas la elasticidad de su conciencia. Tal sucedió con Luís. Su ejemplo provocó en las demás naciones europeas repugnancia y aprensión más bien que deseos de imitarle, y la gran ventaja que llevaba en astucia y sagacidad á no pocos de sus contemporáneos, dió por resultado ponerles á todos en guardia. Hasta la institución de la caballería, aunque mucho menos extendida que antes, sobrevivió á ese monarca licencioso que tanto había hecho para empañar su brillo, y mucho tiempo después de la muerte de Luís XI todavía inspiraba al *Caballero sin Tacha y sin Miedo* y al denodado Francisco I.

Aunque bajo el punto de vista político el reinado de Luís ha-

(1) V. Nota X. *Disfraz de un heraldo.*

bía sido tan afortunado como él mismo pudiera desear, es lo cierto no obstante que el espectáculo de su lecho de muerte bastaría por sí solo á contrarestar las seducciones de su ejemplo. Recelando de todo el mundo, pero singularmente de su propio hijo, emparedóse en el Castillo de Plessis y confió exclusivamente la seguridad de su persona á la dudosa fidelidad de sus mercenarios escoceses. Jamás salía de su aposento, á nadie admitía en él é importunaba con sus oraciones á todos los santos del cielo, no para alcanzar el perdón de sus pecados sino la prolongación de su vida. Con una pequeñez de ánimo que mal se compadecía con sus maliciosas maquinaciones, abrumaba á exigencias á sus médicos, quienes al fin acabaron por insultarle y saquearle. Impulsado pór un afán desapoderado de vivir, envió á buscar á Italia unas reliquias supuestas y lo que es más extraordinario todavía, á un pobre patán, sin instrucción y sin seso, que indudablemente por holgazanería se había encerrado en una cueva y se abstenía de comer carne, pescado, huevos y lacticinios. Este hombre, á pesar de su ignorancia supina, fué reverenciado por Luís como si se tratara del Papa en persona, y para tenerlo propicio fundó dos conventos.

No era lo menos singular de todas esas prácticas supersticiosas el que aparentemente no se les trasluciera otro móvil que la salud del cuerpo y la felicidad terrenal. Estaba severamente prohibido por Luís aludir á sus pecados cuando se rogaba por su salud, y una vez que un clérigo, por orden suya, recitaba una oración en la que se imploraba á San Eutropio la salud del rey, así para el cuerpo como para el alma, mandó Luís omitir estas ultimas palabras, pretextando que no era prudente importunar al santo bendito con demasiadas peticiones á la vez. Quizás se le figuraba que no haciendo memoria de sus crímenes, se borrarían éstos de la de los celestiales patronos, cuyo favor invocaba en beneficio de su cuerpo.

Tan grandes fueron las merecidas torturas del lecho de muerte del tirano, que Felipe de Comines, parangonándolas metódicamente con las innumerables crueldades cometidas por orden suya, habida razón de ambas, declara: que en su opinión las angustias de la agonía de Luís fueron tan horribles que compensan todos sus crímenes, de suerte que, después de cumplir en el purgatorio una cuarentena razonable, todavía la divina misericordia podría hallarle en disposición de ser admitido en las regiones superiores.

Fenelón ha depuesto también contra este príncipe, cuya vida y modo de gobernar describe en el siguiente notable pasaje:

«Pygmalión, devorado por una sed insaciable de riquezas, hácese de día en día más miserable y odioso á sus súbditos. Llega á ser un crimen en Tiro poseer grandes riquezas; la avaricia le vuelve desconfiado, suspicaz, cruel; persigue á los ricos y teme á los pobres.

»Mayor crimen es todavía en Tiro ser virtuoso, pues Pygmalión supone que los buenos no pueden soportar sus injusticias é infamias; como la virtud le condena, enfurécese é irritase contra ella. Todo le agita, le inquieta, le remuerde; tiene miedo de su sombra; pasa día y noche en vela; los dioses, para confundirle, le colman de tesoros y él no se atreve á poner mano en ellos. Lo que anhela para ser feliz, es precisamente lo que le impide serlo. Echa menos cuanto da, teme siempre perder, su único afán es ganar.

»No se le ve casi nunca; vive en la soledad, triste y abatido, en el fondo de su palacio; sus mismos amigos no se atreven á acercársele por miedo de hacérsele sospechosos. Terrible guardia mantiene siempre desnudas las espadas y enhiestas las picas en torno de su casa. Treinta aposentos que se comunican entre sí y cada uno de los cuales tiene una puerta de hierro con seis grandes cerrojos, son el lugar de su retiro; nunca se sabe en cuál de esos aposentos duerme y se asegura que no duerme nunca dos noches seguidas en el mismo, por miedo de que le asesinen. Los dulces placeres y la amistad, más dulce todavía, le son desconocidos. Si alguien le incita á buscar la alegría, su conciencia le dice que huye de él, que rehusa entrar en su pecho. Sus ojos hundidos arden con fuego siniestro y feroz y giran continuamente en sus órbitas; presta oído al menor rumor y se sobresalta en seguida; está pálido, demacrado; en su rostro siempre contraído píntanse sombrías preocupaciones. Calla, suspira, arranca del pecho profundos gemidos, no puede ocultar los remordimientos que desgarran sus entrañas. Los manjares más exquisitos le dan asco. Sus hijos, lejos de ser para él una esperanza, son motivo de espanto, pues les ha convertido en sus enemigos más peligrosos. En su vida tiene momento seguro; no alienta sino á fuerza de verter la sangre de cuantos teme. Insensato, que no ve que su crueldad, en la que ha puesto su confianza, será la causa de su muerte! Alguno de sus criados, tan desconfiado como él, librará el mejor día al mundo de este monstruo.»

La muerte terminó al fin, el 30 de Agosto de 1485, el instructivo, aunque horroroso espectáculo de los sufrimientos del tirano.

La elección de este personaje notabilísimo como protagonista de la novela — pues ya se comprenderá que la intriguilla amo-

rosa de Quintín no desempeña en ella más que un papel secundario — facilita mucho la tarea del autor. En el siglo XV ardían en toda Europa innumerables disensiones, debidas á tan diversas causas que casi fuera precisa una disertación histórica para ilustrar al lector inglés y prepararle á admitir la posibilidad de las extrañas escenas que van á desarrollarse ante sus ojos.

En tiempo de Luís XI, toda Europa hallábase trastornada por conmociones extraordinarias. En Inglaterra, el efímero triunfo de la casa de York había terminado las guerras civiles más en apariencia que en realidad. La Suiza iba afirmando esa libertad que tan valientemente supo defender más tarde. En Alemania y Francia, los grandes vasallos de la Corona se esforzaban en emanciparse de su yugo, mientras Carlos de Borgoña por la fuerza y Luís más mañosamente por medios indirectos, cuidaban de reducirles á la obediencia de sus respectivos soberanos. Mas si Luís con una mano contenía y sojuzgaba á sus vasallos rebeldes, intrigaba con la otra para socorrer y concitar á las grandes ciudades comerciales de Flandes contra el Duque de Borgoña, á lo cual las inclinaban ya de suyo su opulencia é irritabilidad natural. En las comarcas de Flandes más pobladas de bosque, el Duque de Gueldres y Guillermo de la Marck, conocido por su ferocidad con el nombre de Jabalí de los Ardennes, habían renegado de su carácter de caballeros é hidalgos para entregarse á violencias y brutalidades, propias tan sólo de bandidos.

Mil secretas intrigas se urdían á un tiempo en las diversas provincias de Francia y Flandes; numerosos emisarios del inquieto Luís, gitanos, peregrinos, mendigos ó agentes disfrazados de tales, iban esparciendo doquiera el descontento que con miras políticas procuró siempre mantener vivo ese monarca en los dominios de Borgoña.

Entre tal abundancia de materiales, difícil había de serle al autor escoger los más inteligibles é interesantes. Y en efecto, confiesa ingenuamente que aunque haya usado con latitud de la facultad de separarse de la verdad histórica, está muy lejos de figurarse que haya acertado á dar á la trama de este argumento una forma agradable, compacta y asaz inteligible. Los episodios son del todo imaginarios; pero el enredo, en su parte más esencial, está al alcance de cuantos tengan idea, por somera que sea, del feudalismo.

En ningún punto eran tan universalmente reconocidos los derechos de un señor feudal como en su facultad de disponer de la mano de una vasalla. Puede verse en esto tal vez una contradicción con las leyes civiles y canónicas, que declaran libre el



matrimonio, mas la jurisprudencia feudal y municipal, siempre que un feudo pasaba á manos de una hembra, reconocía en el señor el derecho de señalar á aquella el marido de su elección. Tiene esto su explicación en que, siendo en su origen el feudo una gracia debida á la munificencia del señor, éste se hallaba todavía interesado en que el casamiento de su vasalla no lo pusiera en manos de un enemigo. Por otra parte, hay razón para sostener que esta limitación en la elección de marido podía imponerla exclusivamente á su vasalla el superior de quien provenía originariamente el feudo. Nada tiene, pues, de inverosímil, que una vasalla de Borgoña se acogiera á la protección del rey de Francia, á quien el propio Duque de Borgoña prestaba vasallaje, ni hay que recusar la probabilidad de que Luís, tan poco escrupuloso como era, hubiera formado el designio de hacer traición á la fugitiva, obligándola á una alianza que viera con malos ojos, ya que no con temor, su formidable pariente y vasallo el de Borgoña.

Permítaseme añadir que esta novela, que ha alcanzado en su patria mayor popularidad que otras que la habían precedido, ha obtenido también éxito insólito en el continente, donde sus alusiones históricas despertaban recuerdos más conocidos.

ABBOTSFORD, *1.º de Diciembre de 1831.*

ALIANZA DE ESTUDIANTES NUEVOLEONESES - UNION, ESTUDIO Y PATRIA
MONTERREY, N. L.